

Luis Guillermo Piazza

Onetti protagonista*

ESTE ES UN LIBRO DESESPERADO

Sucede que se me ocurrió escribirlo un día porque leí una frase de Onetti que me predisponía, y la frase (la revelación, el epígrafe indispensable) se me perdió. La oda apenas musitada, sin el antiguo marinero: apenas un chisme, una alusión de paso; la historia que queda inédita por falta de corroboración, apoyo y desafío. Berceo que no cree ni crea sin la iluminación de lo ya escrito ("dizelo la scriptura, ca yo non lo sabía"), que si le falta el elemento casi erudito para completar un poema renuncia a seguir:

*fallescí el libro en qui lo aprendía,
perdióse un quaderno mas non por culpa mía,
escribir a ventura sería grant folía.*

Durante mucho tiempo he perseguido —desesperadamente, la certidumbre de la incertidumbre— ese pensamiento afin. A lo mejor no lo leí nunca. A lo mejor fue el propio Onetti que un día me lo dijo personalmente, o me lo dio a entender. En su universo recreado por metáfora de más de una "vida breve", las contradicciones aparentes, las *distracciones*, van formando algo que es a la vez singular y múltiple. Esto es lo que yo quise, lo que quería, lo que querría decir.

• • •

Pero la gente quiere que uno los cambie, que se les indiquen pautas. Todos pedimos socorro. S.O.S. El policía que espera que el ladrón lo ayude, el doctor que quiere que los pacientes lo auxilien, que pongan *de su parte*, el joven millonario ostentando como loco su carro y su velocidad por una autopista en realidad pidiendo socorro, la dama que se cambia la cara en un despiadado arrojito de cirugía plástica como pidiendo auxilio,

* Fragmento de una novela de próxima aparición: *Temporada de excusas*.

el cura confesor ansioso de exculpa, la piedad no para los que la merecen, al menos hacerse dignos de ser condenados como personajes de Graham Greene, lo maravilloso de una evolución, de una culminación hasta apiadarse de los más deshechos, las más corruptas de nuestras criaturas, algo perverso en esa piedad que se extiende hasta los torturadores, los misticadores, los traidores, el placer de lo esperado...

declamando sermones para aplacar una aterrorizante melancolía, aún forzando a través del aire de desesperación una leve sonrisa de cortesía, *una cara de extra en una multitud de Hieronimus Bosch...*

tomo la carta, la barajo con otros papeles, uno se llena de papeles, *Para los Niños Inválidos es un Obstáculo la Compasión*/subtítulo *Los Sentimientos de Comiseración de la Gente son Muy Dañosos*, me acuerdo de Onetti, *Las cosas serias nunca las pensamos, se arrastran con nosotros como sombras*, acaricio la carta, la beso en la parte que supongo cubre a la firma (siempre hago así con las de mamá y hermanos y un amigo que no he dejado), la voy a romper, la pongo a un lado, Hamlet de bolsillo, de sello de correo, me inquieto por un instante no más largo que las ganas de orinar o de renunciar a un insoportable puesto bien remunerado, releo la carta como lo haría Scarlett O'Hara con alguna decisión que el viento se va a llevar de todos modos y en eso coincide con Onetti...

• • •

Otro ejemplo: cuando siendo jurado, con Onetti, de un sospechoso premio de novela, se nos apareció una buena noche en Zacatecas un mal pistolero, participante del concurso y aspirante al premio, quien nos puso a leer su manuscrito, pistola en mano por supuesto, hasta bien pasado el amanecer. ¡Y en voz alta! Con la excusa de que "quería estar seguro de que lo leyéramos", "con lo indignos de confianza que suelen ser los jurados". La novela era pésima y el verdadero momento de apoteosis fue cuando tuvimos que decirselo; anticiparle por lo menos que no sería el ganador. Toda retórica, toda dialéctica, toda casuística, todo bizantino esplendor verbal resultaron insuficientes. Réstame decir que el pistolero ficcionista era influyente y que padecía de novedosos tics nerviosos.

• • •

Fragmentos ilegibles. Fragmentos elegibles.

Qué hacer con lo de Onetti, por ejemplo. "Alguien que se llamaba Onetti no sonreía, usaba anteojos, dejaba adivinar que sólo podía ser simpático a mujeres fantasiosas o a amigos íntimos". Con motivo de un concurso, de un premio literario de los que me tocaba organizar en tiempos de mayor euforia, anteriores a la devaluación, nos hicimos tan ínti-

mos que llegamos a cantar juntos la canción de Casablanca (la película más citada en estas páginas alusivas pero sin pretensiones de nostalgia). *Play it again Onetti*. Se le ocurría cada cosa... engullir valiums con vino tinto... pedir un flan a las dos de la mañana en Aguascalientes... leer todo menos los manuscritos del concurso... *Still the same old story/ a fight for love and glory/ a case of do or die*. En San Luis Potosí lo noté regocijado, al enterarse de que en la escuela de medicina vendían cadáveres, a veces mataban chicos para hacerlos pasar por cadáveres disponibles, les quitaban antes los dientes que también tienen su valor. De una crueldad metódica, como debe serlo el autor que para eso está en el mundo y no para rescates hipocondríacos, propios de gente que no tiene otra cosa que hacer, me pregunto qué hubiera hecho él con Alzirinha, con Scherezada, con El Tocas, con Flavio, José León, mi primo, Diana, Un tal (inmemorable por fin), los perros, el perrito, el diputado, el niño de la arena, Jacquellino, el Poeta Gordo, los guaruras, el italiano de Cuernavaca, la criada del hotel de San Miguel, Onetti, todos estos personajes que ahora yacen en el pasto con sus pedacitos de historias, los papeles como lápidas. *The fundamental things apply as time goes by*.

Con mi mujer sí sé lo que hubiera hecho porque sé lo que hizo: ella lo incitó a acordarse un mediodía de los carnavales de su Uruguay o de su Santa María; Onetti masticaba la misma pata de pollo, miraba en lontananza (al inminente muro detrás de ella y de la mesa), dejaba adivinar que no podía ser simpático a una mujer sin fantasía; ella evocó comparsitas, compadritos, candombes y tambores; él masticaba, etcétera; a ella se le saltaban las lágrimas con el recuerdo de los uruguayos qué gente tan buena y mire ahora qué horror las torturas; él, véase supra; ella tarareó la conga El carnaval/del Uruguay; él tiró la pata de pollo contra el muro, gargareó su valium con tinto y masculló:

—*¡Hijos de puta!* ¡Justamente pasaban por mi casa en esos días aciagos, con ese barullo infernal! Por eso he odiado siempre los carnavales de mierda, pasaban por mi ventana, noche tras noche, todos los años se repetía ese bochinche de bestias, no se podía dormir, no se podía pensar, no dejaban hacer nada, yo no existía... ¡y usted pretende que... en homenaje al Diablo sabe qué oscuro trauma suyo!

Después, la despedida, un exordio de lo que nunca ya nos dijimos. *Onetti me saludaba con monosílabos a los que infundía una imprecisa vibración de cariño, una burla impersonal.*